

Ocampos Palomar, Emilio José. *La poética de la reescritura. Modernismo y traducción en España (1880-1920)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2024, 616 pp.

JUANA MURILLO RUBIO  
*Universidad Complutense de Madrid*  
juamuril@ucm.es  
ORCID: 0000-0002-7683-0313

LA DELIMITACIÓN TEMPORAL Y TERMINOLÓGICA sobre lo que fuera o no Modernismo ha llenado las páginas de manuales y estudios críticos a lo largo de todo el siglo XX, desde la dicotomía planteada por Guillermo Díaz Plaja a la ya esencial juanramoniana concepción del Modernismo como una época. Parecía que los estudios sobre el fin de siglo habían vuelto a centrarse en la bohemia al disfrutar de mayor éxito y difusión autores como Alejandro Sawa o Valle-Inclán. Desde los estudios de Katharina Niemeyer, P. J. Vizoso o R. Cardwell (todos ellos ampliamente referenciados en este volumen) se evidenció que la genealogía del movimiento había tenido diversas raíces, aunque sus aproximaciones teóricas orbitaran en torno a la presencia de Rubén Darío en la literatura española.

Emilio Ocampos nos propone volver los ojos a la Andalucía del fin del siglo XIX, donde se evidencia un incipiente movimiento literario que comparte herencias decimonónicas con renovadoras influencias *extranjerizantes*.

Establece su propuesta metodológica desde los Estudios Literarios y aborda la afirmación de que los inicios del Modernismo en España estuvieron influidos por la singularidad andaluza y la impregnación de la literatura extranjera que los autores a estudiar leyeron y tradujeron: una primera generación cordobesa compuesta por Guillermo Belmonte Müller (1851-1929), José de Siles (1856-1905) y Manuel Reina

(1856-1911), a la que se añade Marcos Rafael Blanco Belmonte (1871-1936) discípulo de Reina. Aparte, dedicará un capítulo al malagueño Salvador Rueda (1857-1933) como incipiente receptor y, a su vez, ‘difamador’ de la moderna poesía francesa.

Desde las primeras líneas, Ocampos delimita con clara precisión los presupuestos hermenéuticos desde los que estudia la obra literaria de los cuatro autores, entendiendo el término «literaria» en toda su amplitud: la consideración de la traducción de autores en lengua no española como motivo, estímulo, intertextualidad y necesaria influencia que constata la relevancia de su modernidad y el paralelo desarrollo de una nueva forma de literatura previa a la llegada de Rubén Darío. Tras el estudio tanto de la obra creativa como de traducción, se abandonan los postulados de la herencia dariniana.

Señalo por acertada y sorprendente la definición de ‘canibalismo’ que recoge de Bassnett y Triverdi (2002) para entender la compleja red de influencias y la originalidad que se contempla, no solo en los cordobeses estudiados, sino en otros muchos afines colegas con quienes comparten contexto: Ricardo Gil, Enrique Redel, Cristóbal del Castro, Manuel Machado, Francisco Villaespesa, J. R. Jiménez, también traductores, o Antonio de Zayas, madrileño en estrecho contacto con los andaluces, entre otros. En este escenario se describe un proceso de nacionalización y, a su vez, desnacionalización de una literatura en la que la traducción se erige en motor de cambio y eje esencial que acunó la renovación modernista. Sirven de ejemplo las numerosas referencias a encuestas y artículos de opinión, aparecidas en una vasta red de publicaciones periódicas que abordaron el debate y pusieron en cuestión la aceptación de las nuevas corrientes literarias ‘extranjerizantes’. La prolífica presencia de los autores en estas publicaciones estuvo motivada, en el caso de José de Siles o Blanco Belmonte especialmente, por la necesidad de honorarios.

Que la literatura traducida al español también es española (en palabras de J. F. Botrel) confirma los postulados de Ocampos, quien algu-

no de sus acertados títulos, «La manipulación literaria como metodología», confirma una fina línea establecida entre creación y traducción a lo largo del libro.

El amplio bagaje filológico del autor expone una extensa nómina de referencias bibliográficas que sostienen un aparato crítico indiscutible, en el que se incluyen esenciales disidencias con respecto a su propia propuesta, aspecto que agradece el exigente lector, véase las referencias a los estudios de Niemeyer o Guillermo Carnero. Quiero destacar en este punto la relevancia de la extensión de las notas aclaratorias del volumen, que permite la recuperación de nombres olvidados, como el elenco de poetisas recogidas en *A spanyol költészet gyöngyei* (1895) de Körösi Alvin, tan alejadas hoy de la difusión libresca.

El primer autor objeto de estudio, el malagueño Salvador Rueda, se retrata alejado de la poesía francesa a la que, según él, se han abandonado los poetas hispanoamericanos y reivindica para la suya la consideración de una originalidad a la española. Admirador de Gautier o Leconte de Lisle, aunque como director de la revista *La Gran Vía* promovió la publicación de poesía francesa traducida, Ocampos recuerda, al dedicar un apartado a *El Ritmo* (1894), las palabras de Rueda sobre los modernos autores franceses negando ser poesía sus creaciones, lo que le permite justificar sus traducciones en prosa; postulado que concluye con el término ‘antitraducción’. Ocampos se refiere de forma constante a los planteamientos teóricos de Rueda que contribuyen al debate sobre la presencia o creación del Modernismo o la relación de Rueda con Emilio Suradi y Francesco M. Gelormini, quienes a su vez tradujeron textos españoles. Después de señalar que Rueda «salva el París romántico y parnasiano y condena el decadentista y simbolista», expone sus contradicciones sobre la literatura de los maestros Campoamor o Zorrilla. En cartas a Emilio Ferrari y Gómez Carrillo, a lo que el volumen dedica un apartado, observamos en el cordobés un cierto prejuicio al afirmar que «la condición natural de América es ser española más que francesa». Finalmente, recoge atribuciones como las de Ri-

chard Cardwell o Cristóbal Cuevas sobre la asignación de un modernismo «de raíces autóctonas» que partiría de Rueda como precursor, por lo que las lecturas de los escritores afines han de tomarse en relación a esta premisa.

El capítulo más extenso se dedica a los cuatro autores cordobeses, cuyo recorrido biográfico marca sus trayectorias literarias, véase el diario *Entre la Nochebuena y el Carnaval*, de Belmonte Müller.

Comienza Ocampos estudiando los posicionamientos de Müller, que presentan cierta ambigüedad: el cordobés exhibe una actitud ‘anti-modernista’ en cuanto a determinados rasgos de estilo y, a su vez, manifiestamente modernista, como se lee en *La lira española*, revista que fundara en 1872, al ver en el poema «La mujer» de Müller claras reminiscencias de «La femme» de Lamartine. De igual modo, se corrobora con la atención que presta también al cuento, donde comparten espacio la tradición española, Cervantes o Quevedo, con Bocaccio y Daudet, Maupassant o Zola.

La figura de José de Siles, de amplio espectro creativo (escribió novela, poesía, cuento y artículos periodísticos) ejemplifica la bohemia finisecular al incorporar en sus creaciones postulados personales en contra de una sociedad industrial que cerca al artista, así como la presencia de un elenco de seres marginados elevados a compañeros de vida, el obrero y especialmente la mujer. Cuentos como «La conquista del pan» (*El País*, 1911) o su inclusión en *¿Pican... pican? Cuentos naturalistas* (1885) lo incluyen en la filiación naturalista cercana a la reivindicación social promovida por el auge del socialismo en toda Europa, como señalan también los trabajos de Niemeyer o Marta Palenque. Observador del positivismo y ‘último becqueriano’ fue afín al parnasianismo, coincidente con Leconte de Lisle, a quien traduce, al considerar al cristianismo como destructor de la Grecia Clásica; todo ello señala en él un afán cosmopolita, aprendido, según Gallego Morell, en Puente Genil. En cuanto a la labor de traductor, su singularidad le acerca al teatro de Ibsen o los poemas de Zola o Maupassant, autores más conocidos por su obra en prosa.

La trayectoria del también parnasiano Manuel Reina es expuesta por Ocampos como la construcción de una Historia Universal de la Literatura, en la que tienen cabida autores nacionales y no nacionales, y en la que las traducciones ocupan un relevante lugar, tanto que se incluyen en cada uno de sus libros de poesía. Sus mayores influencias las recibe de Heine y Víctor Hugo, quien marca en el modernismo la presencia de una orientalidad que también se apunta de carácter árabe-andaluz, aunque Ocampos plantea si no le llegaría al poeta a través de otras traducciones además de su propia lectura, entre las que se cuentan las de Poe y Baudelaire, a quienes también traduce.

Marcos Rafael Blanco Belmonte vuelve a representar la figura del autor bohemio cuya herencia de la tradición da título (becqueriano) a un libro de cuentos, *Desde mi celda*. También en su obra se trasluce la crítica ante el progreso, como motivo de retroceso para la esencia de España, además de visibilizar la miseria al manifestar una veta social y humanitaria que lo aleja del modernismo exterior, en palabras de Amelina Correa. La cercanía a la marginación fijará su atención en autores como Mendès, además de introducir en España a H.G Wells o Emilio Salgari. De igual modo, Daudet o Víctor Hugo son traducidos por Blanco Belmonte en *La Moda Elegante* y *La vida en el hogar*, revistas para mujeres en las que escribe bajo diversos pseudónimos, como «Araceli».

*La poética de la reescritura* actualiza la bibliografía sobre el modernismo español y añade a los estudios clásicos una lectura del movimiento más amplia y compleja en la que queda patente el dominio de una extensa bibliografía, cuyas 116 páginas avalan la trayectoria académica del autor, quien ha dedicado a dichos escritores y periodo numerosos e imprescindibles trabajos de investigación.